

SALIENDO DE NUESTROS CONSULTORIOS: LA EXPERIENCIA DE TRABAJO EN BARBA BLANCA

Ximena Ostoja Álvarez-Calderón*

¿Qué pasó en Barba Blanca?

En marzo del 2017 varias regiones del Perú fueron asoladas por desastres naturales relacionados con el fenómeno del Niño Costero. La Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP), en coordinación con varias otras instituciones vinculadas a la salud mental, promovió la conformación de "Psicólogos Contigo"¹ para asistir las necesidades emocionales surgidas en el contexto de este dramático evento climatológico.

En el departamento de Lima, una de las poblaciones más seriamente afectadas fue la de Barba Blanca, un anexo del distrito de Callahuanca, en la provincia de Huarochirí. El dieciséis de marzo de 2017, dos huaicos sucesivos dejaron sin casa a unas veinte familias. Todo hace suponer que, a la violencia del desastre natural, se sumó la negligencia de la empresa hidroeléctrica, que no había dado el mantenimiento adecuado a un canal en lo alto del cerro, determinando así que el segundo aluvión fuera de grandes proporciones. El poblado quedó casi totalmente sepultado por las piedras y el barro. Jenny, una adolescente de 13 años, narró lo ocurrido ese día de esta manera:

1. "Psicólogos Contigo" es un colectivo de instituciones encargadas de la salud mental que se forma con el fin de atender, de manera voluntaria, las secuelas producidas por situaciones de emergencia en crisis climáticas y sociales. Las instituciones que lo conforman son: Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP), Dirección Académica de Responsabilidad Social de la Pontificia Universidad Católica del Perú (DARS), Unidad de Responsabilidad Social de la Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Inter-Cambio, Centro Vinculare, Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica, Asociación Peruana de Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes, Sociedad Peruana de Psicoterapia Psicoanalítica de Pareja y Familia, TAE Perú (Terapia de Artes Expresivas).

* Licenciada en Psicología Clínica por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Analista en formación de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Miembro voluntario de Psicólogos Contigo (SPP). <ostojaximena@gmail.com>

Había estado lloviendo y lloviendo ... muy fuerte ... y estábamos en la casa yo con mi mamá, la mamita y el papito. De repente, empezamos a oír unos ruidos horribles, fuertísimos. También había relámpagos. Mi mamá dijo que había que salir de la casa rápido y empezamos a buscar algún lugar más seguro: el local de ENEL² la cruz de más arriba. Mucha gente salía de sus casas. Queríamos correr, pero la mamita no podía ni caminar ... me puse a llorar y mi mamá me calló ... me tuve que aguantar ... Ya más arriba había otra gente y pasamos ahí toda la noche...

Entre los muchos voluntarios reclutados por “Psicólogos Contigo”, once³ elegimos trabajar en Barba Blanca. Teniendo claro que atenderíamos a tres grupos etarios de manera diferenciada (niños, adolescentes y adultos), nos organizamos para hacer la primera visita el 7 de mayo del 2017.

El panorama que encontramos fue desolador, confuso y abrumador. Los pobladores de Barba Blanca habían sido reubicados por el Estado en carpas instaladas en la losa deportiva del cercano anexo de Purunhuasi. Además de los directamente afectados por los huaicos, el espacio estaba lleno de otras personas: algunas que llegaban con donaciones de lo más diversas (desde comida preparada hasta frazadas, colchones y juguetes usados), propietarios de las viviendas colapsadas —que no residen en la zona, pero querían ser indemnizados por las autoridades—, y familias que se estaban tratando de acomodar en las carpas que les habían asignado, si bien acumulaban donaciones de modo indiscriminado, quedándose por momentos sin espacio habitable.

En este contexto, el primer gran reto para nuestro equipo fue encontrar la manera de darle a los pobladores la posibilidad de procesar, de algún modo, el enorme impacto emocional que la experiencia debía haber dejado en cada uno de ellos, diferenciándonos desde el inicio de las otras personas y/o instituciones que se acercaban a la población para hacer entrega de cosas concretas. Durante los días previos al primer encuentro, surgieron en el equipo muchas preguntas: ¿Qué será lo que los pobladores realmente necesitan? ¿Qué podemos ofrecerles? ¿Qué herramientas del psicoanálisis serán útiles para el trabajo con ellos? ¿Bastará con la escucha y el intercambio a través de la palabra o será importante proponerles actividades que les permitan expresarse de otra manera? ¿Estarán dispuestos a confiarnos su dolor? ¿Podremos contenerlos sin sentirnos demasiado abrumados?

2. ENEL Perú: filial peruana del Grupo Enel, empresa multinacional proveedora de energía.

3. Miriam Baruch, Lilian Ferreyros, Sumiko Flores, Silvana Gazzo, Vilma Gutiérrez, Natalia Lecca, Gladys Luy, Pilar Ortiz de Zevallos, Ximena Ostoja, Ilse Rehder, Gabriel Tapia.

En la primera visita, lo que más nos impactó fue la enorme distancia existente entre todo lo que había surgido en nuestra imaginación de terapeutas, más habituados al trabajo de consultorio, y lo que encontramos en la realidad. Por citar sólo un ejemplo, me referiré a la idea del trabajo grupal que teníamos previsto llevar a cabo con los adolescentes y los adultos. Pensábamos en un grupo que se reúne en un lugar donde hay cierta privacidad básica, que se instala en sillas formando un círculo, que asiste voluntariamente al encuentro, que se mantiene más o menos estable a través del tiempo (en cuanto a sus miembros) y al que se le puede proponer un horario definido de inicio y término de la reunión. Ese grupo claramente no existió nunca. Así pues, ser flexibles y creativos, sin renunciar a lo que tiene de esencial nuestra propuesta desde el psicoanálisis, fue el mayor de los retos todo el tiempo.

En los párrafos que siguen, me referiré a las dos etapas que tuvo nuestra intervención en Barba Blanca. Se trató de dos momentos muy distintos, en lo referente a dos aspectos: por un lado, las necesidades emocionales de la población que atendimos (y al impacto que éstas fueron teniendo sobre nosotros) y, por el otro, a las herramientas que fuimos utilizando a veces de manera voluntaria y consciente, y otras de modo intuitivo y hasta inconsciente.

Primera etapa o etapa de la emergencia (mayo – diciembre del 2017)

En las reuniones iniciales de coordinación, con todos los voluntarios de “Psicólogos Contigo” que atenderían poblaciones afectadas por los huaicos, se acordó que se llevarían a cabo tres visitas durante tres domingos consecutivos (a modo de intervención breve, en situación de emergencia). Quienes fuimos a Barba Blanca tuvimos muy pronto la sensación de que no lograríamos hacer nada que lograra algún impacto real en tan poco tiempo. Inicialmente, decidimos hacer por lo menos una visita más, pero luego optamos por seguir trabajando en la zona hasta diciembre del 2017, con visitas más espaciadas (uno de cada tres domingos). La frecuencia de las visitas fue definida básicamente teniendo en cuenta la disponibilidad de los miembros del equipo. Es por esta razón que nos preguntamos siempre si este encuadre fue el más adecuado para el trabajo con la población. Como equipo, sin embargo, fue la única alternativa de continuidad que encontramos.

La población atendida en esta primera etapa estaba subdividida de la siguiente manera:

- **Niños (entre 6 y 11 años):** dos o tres grupos, compuestos por un promedio de 5 niños y niñas y coordinados por dos terapeutas cada uno.

- **Adolescentes (entre 12 y 17 años):** un solo grupo, conformado por chicos y chicas. La cantidad de participantes osciló siempre entre 6 y 10 jóvenes por visita.
- **Adultos:** entre 4 y 5 adultos atendidos en sesiones individuales de psicoterapia (75 minutos de duración). Hubo un intento inicial de atenderlos en grupo, pero las disputas que existían entre ellos, exacerbadas por las donaciones y el provecho personal que cada quien quería sacarle a la situación de emergencia obstaculizaban pensar en conjunto.

Sobre el financiamiento de esta primera etapa, cabe decir que la SPP cubrió los costos de las primeras visitas, siendo los gastos más importantes el transporte y la compra de material para el trabajo con los niños y los adolescentes. Luego, se organizó una actividad pro-fondos que nos permitió cubrir los costos de movilidad hasta fin de año.

En cuanto al encuadre, como ya se planteó anteriormente, las visitas tenían lugar uno de cada tres domingos, de 10:30 am a 1:30 pm aproximadamente (dependiendo del tráfico que hubiera en la Carretera Central) y la atención de los tres grupos etarios se realizaba en la zona central del campamento. En cada grupo etario, se planteó el encuadre de manera específica y clara desde la primera visita. Inicialmente, les dijimos que los visitaríamos cuatro domingos seguidos, y luego —al decidir que permaneceríamos hasta fin de año con visitas cada tercer domingo— replanteamos esa parte del acuerdo con toda claridad. A los niños y las niñas se les dijo, además, que los encuentros con las terapeutas tendrían lugar en unas mesas ubicadas en la zona del “comedor” de la población, al lado de la cocina. A los adolescentes se les invitó a sentarse con sus terapeutas sobre una manta grande y colorida, que colocábamos en el suelo, debajo de alguna sombra, y también en la zona central del campamento. Ese fue nuestro lugar de encuentro durante todo el primer año. Finalmente, con los adultos que tenían sesiones individuales (o diálogos terapéuticos, como decidimos llamar a esos encuentros), se trabajó usando unos banquitos portátiles, que eran ubicados en algún lugar del campamento que estuviera suficientemente lejos de los grupos de niños y adolescentes, y también bajo sombra. Este formato se mantuvo bastante estable durante toda esta primera etapa para todas las personas de la población a las que atendimos.

Es importante agregar, sin embargo, que como en toda experiencia terapéutica, pero más aún en una experiencia de intervención como ésta, la noción de encuadre interno resultó de gran relevancia. En cada etapa del encuentro fue fundamental tener la capacidad de adaptarse creativamente a las condiciones cambiantes del espacio en el que la intervención se iba dando. Alguna vez ocurrió, por ejemplo, que las mesas en las que se trabajaba con los niños estaban

siendo ocupadas por un grupo de pobladores que se había reunido con alguna autoridad de la zona para ver temas vinculados con el abastecimiento de agua. En esos casos hubo que esperar con los niños a que las mesas se desocuparan, mientras se jugaba y conversaba informalmente en los alrededores. En otra ocasión, la zona en la que habitualmente se instalaba la manta de los adolescentes había sido tomada por un grupo de visitantes espontáneos que ofrecían una parrillada a todos los pobladores. Decidimos entonces hacer una caminata con los chicos y chicas del grupo, durante la cual nos fueron mostrando por dónde había pasado el huaico y cómo habían quedado algunas de las casas, mientras iban compartiendo sentimientos y emociones muy intensas y vívidas que fuimos recogiendo. Pienso que esta cita de Mariam Alizade condensa bien la manera en que entendimos, como equipo, el concepto de encuadre interno.

El encuadre interno constituye la parte íntima y esencial del marco de todo tratamiento. Consiste en un dispositivo de trabajo incorporado a la mente del analista y a la atmósfera de la sesión. (...) El desmantelamiento del encuadre externo convencional es una realidad contemporánea que se presenta como hecho en sí y que plantea un desafío a la teoría de la técnica psicoanalítica. (Alizade, M. 2002, p. 14)

Para nosotros ha sido muy interesante comprobar cómo, sin paredes ni techos que protejan y sobre una manta o en banquitos portátiles, la sensación de privacidad y confianza básica en el trabajo grupal e individual se fue gestando progresiva y exitosamente. Pensamos que esto fue posible gracias a que, a pesar de todo lo que podía ir ocurriendo en el mundo externo, conseguimos mantener claro el encuadre dentro de nosotros mismos.

En su tesis de maestría, y en un sentido que está muy acorde con nuestra experiencia en el planteamiento del encuadre en Barba Blanca, Ruiz Secada plantea lo siguiente:

Se trataría entonces de avanzar en concebir encuadre/s flexible/s que incluyan y “escuchen” otros encuadres aportados por la población, y faciliten así la construcción de ese espacio intersubjetivo, condición indispensable para hacer viable una perspectiva psicoanalítica. Pero también es fundamental atender a ese encuadre interno que aportan aquellos/as comprometidas en el trabajo de salud mental y que se expresa en términos de vínculo atento y respetuoso, escucha activa, apertura al inconsciente, conciencia de la asimetría y diferencias, devolución al otro mediante una palabra reflexionada y no impositiva. (Ruiz, R., 2016, p. 86)

En cuanto a la metodología, con los niños se trabajó de acuerdo a la modalidad de “hora de juego”. Se utilizó cajas de juego y material gráfico-plástico. Con los adolescentes, se trabajó dinámicas grupales semi-estructuradas: a partir de una actividad inicial que servía como ancla para el encuentro, se promovió que

podieran hablar de sus sentimientos y preocupaciones en relación con el momento que estaban viviendo. Finalmente, con los adultos se trabajó sesiones de psicoterapia individual.

Hubo un par de sesiones que ilustran de manera vívida lo que fue la experiencia de intervención psicológica con los niños y los adolescentes. En el trabajo con niños, una de las actividades que más recordamos, por la riqueza de su contenido, fue una función de títeres. Ellos llevaron un cuento a la sesión grupal, y ahí surgió la idea de contar la historia creando personajes de cartón y una escenografía que sirviera de fondo a cada una de las escenas. Se repartió invitaciones a todos los terapeutas del equipo y a los adolescentes que tenían sus sesiones grupales muy cerca de donde fue la función. Los niños contaron la historia de un hombre que camina con sus animales durante una tormenta que los mata a todos. Los personajes, sin embargo, siguen caminando como “almas” y buscan un lugar donde refugiarse. Entonces se encuentran con una puerta dorada y, al tocarla, los recibe un personaje (con alas doradas también) que le hace saber al hombre que ha llegado al cielo, que tendrá que entrar él solo, sin los animales. Él se niega a dejarlos afuera y sigue caminando hasta encontrar una casa muy colorida. Toca la puerta y lo recibe otro personaje que lo invita a pasar, esta vez en compañía de sus animales. Cuando el hombre pregunta “¿qué lugar es este?” el personaje le responde que es el cielo. “Pero si yo acabo de estar en el cielo, pero no me dejaron entrar con mis animales”, dice sorprendido el hombre, a lo que el dueño de la casa colorida responde: “el cielo nunca será un lugar al que no puedas entrar con tus amigos”. Esta representación teatral organizada por los niños nos habla de lo importante que fue para ellos tener un espacio conjunto de elaboración y contención de todo lo vivido. El grupo de pares (a manera de un grupo de autoayuda), congregado por terapeutas dispuestas a escuchar empáticamente todo lo que ellos necesitaban compartir, hizo las veces de “una casa colorida” —o una especie “cielo”— en la que “sus almas” y “sus animales” (sus emociones e impulsos) eran recibidos y acogidos, y en la que podían detenerse un rato a descansar.

En cuanto al grupo de adolescentes, la caminata a la que nos hemos referido unas líneas más arriba fue una actividad particularmente interesante y rica en contenidos. Luego de haber trabajado en papelógrafos una suerte de “cartografía” de los huaicos, hicimos una excursión desde Purunhuasi (donde estaba instalado el campamento) hasta Barba Blanca. En el trayecto, ellos pudieron ir recordando —y compartiendo con las terapeutas que los acompañamos— lo que fue el día del huaico en la experiencia particular de cada uno de ellos. De otro lado, y considerando que la actividad se realizó cuando ya teníamos varios domingos de encuentro con ellos, fue muy gratificante que los mismos adolescentes sugirieran que, al regreso, nos sentáramos en la manta grupal y habláramos sobre lo que

habían sentido durante la caminata: *“Ya! Vamos a caminar y después venimos y nos sentamos y conversamos sobre cómo nos hemos sentido y qué nos ha parecido el paseo.”*

Esta primera etapa se cerró con un evento en el que participó toda la comunidad. Como lo hicimos a mediados de diciembre, la temática fue navideña. Llevamos algunas cosas para tomar y comer con ellos. Aportamos los insumos necesarios para que las señoras de la cocina comunitaria prepararan chocolate caliente; cantamos, nos reímos, conversamos mucho. Fue una experiencia muy especial. Ya para ese entonces, habíamos decidido volver un par de veces en el verano del 2018, para evaluar cómo iba todo e intentar conseguir financiamiento para apoyarlos un tiempo más, así que les anunciamos que nos mantendríamos en contacto y, en cuanto lo tuviéramos más claro, les avisaríamos —con la debida anticipación— cuándo sería nuestra siguiente visita.

Segunda etapa —o la etapa del encuentro con dificultades emocionales más profundas— (dos visitas en febrero y marzo del 2018/ abril – diciembre del 2018)

Hacia fines del 2017 y luego de reflexionar sobre el tema al interior del equipo y en nuestro espacio de supervisión, decidimos organizarnos para prolongar, una vez más, nuestra permanencia en Barba Blanca. Muchos de los pobladores habían abandonado el campamento: algunos para reinstalarse en sus casas originales (que pudieron reconstruir parcialmente) y otros para mudarse a Chosica o a la casa de algún familiar en Lima. Los que tuvieron que quedarse eran, coincidentemente, quienes más involucrados habían estado con nosotros y nuestra propuesta de atención emocional: los más necesitados de ayuda. Se nos hacía muy difícil dejar de acompañarlos en un momento en el que su situación de pobreza y desolación resultaba más evidente que nunca. Lo que fue el campamento original se parecía cada vez más a un escenario fantasma, y las redes de soporte comunitario que se tejieron en la emergencia fueron rompiéndose mes a mes.

Nos preguntamos más de una vez si la decisión de continuar con las visitas a Barba Blanca estaba teñida por sentimientos ligados a la culpa y a la ansiedad de separación. Nos preocupaba que esos sentimientos nos impidieran pensar claro para poder definir mejor hacia dónde íbamos, y cómo y cuándo se produciría el inevitable cierre. Recordando nuestras dudas de ese momento, ahora en retrospectiva, pienso con qué frecuencia nos sentimos interpelados por lo que entendemos como normas psicoanalíticas, por pautas teóricas y técnicas que, en ocasiones, pueden interferir con nuestro registro de cuestiones humanamente más trascendentales. Finalmente, constatar que algunos pobladores seguían viviendo vidas profundamente marcadas por la catástrofe ocurrida y el impacto

emocional que ésta tuvo, y que nuestra escucha analítica los había animado a mirar adentro y a sentirse mejor, nos determinó a continuar con el acompañamiento.

También supimos siempre que era muy importante que le diéramos forma a esta segunda etapa, estableciendo un cronograma claro de visitas, definiendo algunos objetivos generales que pudieran ir alcanzándose en cada periodo específico de tiempo, y, por sobre todas las cosas, ofreciéndoles un espacio de contención suficientemente bueno, que fuera dando lugar a la internalización de un vínculo emocionalmente significativo, que permaneciera más allá de lo concreto de nuestras visitas.

En esta segunda etapa tuvimos que crear —sobre la marcha— nuevas estrategias de acompañamiento de un momento nuevo también. La población beneficiaria era menos numerosa y estaba bastante más definida.

Por un lado, se había establecido un vínculo importante con algunos pobladores que habían vivido siempre en Purunhuasi, que nunca estuvieron en las carpas, ni fueron considerados “damnificados”, pero que tenían una serie de necesidades particulares, además de haberse visto impactados por la llegada de nuevos vecinos temporales en medio de la emergencia. Se trataba, básicamente, de dos grupos familiares. Uno de ellos, bastante grande, estaba encabezado por una abuela alcohólica que había acogido en su casa a tres nietos (un niño y dos adolescentes abandonados por su padre y madre) y a dos de sus hijas adultas, una de las cuales era mamá de dos niños pequeños y que perdió a su esposo en circunstancias trágicas durante el periodo en el que hacíamos las visitas. Los tres nietos mayores fueron atendidos en los grupos de niños y en el de adolescentes, mientras la hija que enviudó empezó a recibir apoyo emocional individual. El segundo grupo familiar originario de Purunhuasi estaba conformado por la encargada de la única tiendita de ese anexo y su hijo adulto, con algunas dificultades emocionales y cognitivas pues era epiléptico. Madre e hijo fueron atendidos, en sesiones individuales por una de las terapeutas del equipo. Ella se refiere, en uno de sus informes, a la circunstancia de estar atendiendo a dos miembros de una misma familia.

... pienso además en cómo en algunas situaciones se requiere ser abierta, flexible para tratar de atender las necesidades de esta población golpeada por el Niño Costero, entre otros golpes, (pobreza, anomia, violencia, etc); en cómo he terminado atendiendo a dos miembros de una misma familia: primero la mamá y ahora el hijo...

Finalmente, el tercer grupo familiar, al que seguimos acompañando durante esta segunda etapa, sí era originario de Barba Blanca. Perdieron todo lo que tenían a raíz de los huaicos, pero al no ser propietarios de la vivienda que ocupaban hacía más de 20 años, no tuvieron ninguno de los beneficios que el estado otorgaba

a quienes sí tenían un título de propiedad, así que permanecieron casi hasta el final de nuestras visitas en el campamento. El grupo pasaba, además, por una crisis interna bastante seria, sumido en la precariedad habitacional y económica más absoluta, con componentes de violencia y abuso sexual difícilísimos de atender. La madre tenía tres hijos de un primer compromiso: Felipe (18 años), que había nacido con una malformación muy seria en las piernas, además de tener problemas neurológicos y emocionales importantes; Michelle (14 años) y Hugo (11 años). El padre de estos tres chicos vivía en Chosica y no parecía estar presente en la vida de sus hijos para nada. La madre tenía, entonces una nueva pareja y una hija, fruto de este nuevo compromiso, que tenía menos de un año cuando llegamos a Barba Blanca.

Además de Felipe, que era motivo de preocupación permanente, quien más cuestionamientos e inquietudes nos generó fue Michelle. Ella tenía una relación de pareja con un joven casi 10 años mayor que ella, y esa situación tenía preocupados a su mamá y a su padrastro. Por otro lado, en sus sesiones individuales, afirmaba que el padrastro la había sometido a tocamientos indebidos en más de una oportunidad. Esta información nos preocupó y nos hizo preguntarnos si tendríamos que tomar alguna medida más concreta. Su terapeuta tuvo siempre la sensación de que Michelle estaba en peligro, de que —entre otras cosas— podría ocurrir un embarazo no deseado, y de que se estaba refugiando en una relación de pareja con alguien mucho mayor que ella, porque no encontraba en su familia ningún tipo de contención.

Es que él me cuida, porque sabe todo lo que ha pasado con mi papá y con mi padrastro, es que mi papá me tocó pues, cuando yo era niña, y después se fue, ya no lo he visto desde que soy chiquita, y lo extraño... y mi padrastro también me ha tocado, y por eso él me cuida, no quiere que esté ahí, con él, por eso me saca a pasear...

En los últimos meses del 2018, la situación de Michelle y la posibilidad de seguirla acompañando en el espacio de psicoterapia individual se hicieron cada vez más complicadas. Ella retomó contacto con su padre biológico y optó por irse a vivir con él a Chosica. Su terapeuta hizo todo lo que estuvo a su alcance para comunicarse con ella, pero durante algunas semanas Michelle estuvo desaparecida. Luego logró contactarla por teléfono y verla una vez más en Barba Blanca. Michelle quedó en llamar a la terapeuta si necesitaba hablar con ella o verla nuevamente, pero no volvió a hacerlo. El proceso se interrumpió en este punto y la preocupación por Michelle se mantiene hasta hoy. Muchas de las preguntas que nos hicimos en relación con ella y su circunstancia quedaron sin ser resueltas. Nos parece importante seguir pensando en ellas, considerando que situaciones como la suya se presentan con mucha frecuencia.

En cuanto al encuadre, en esta segunda etapa fuimos testigos de cómo el campamento se iba despoblando progresivamente, hasta ser desmontado por completo. Hubo que buscar un lugar de encuentro alternativo. Lilian Ferreyros, la coordinadora del equipo, estableció contacto con dos señoras de la comunidad que ejercían funciones estables en locales comunales de Barba Blanca. Ellas nos ayudaron a reubicarnos, primero en el tópic y luego en el centro comunitario. Ahí estuvimos recibiendo a casi todos los niños y a un par de adolescentes durante todo el 2018. Sólo dos adultos continuaron siendo atendidos en Purunhuasi, ya que ellos vivían en esa zona antes de la catástrofe natural.

Cabe señalar, que la población más estable y entusiasta durante todo el proceso fue la compuesta por los niños de Barba Blanca y Purunhuasi. Esto obedeció, probablemente, a que se trataba del grupo etario con mayor número de individuos atendidos desde el comienzo, porque en ellos prevaleció —a pesar de la adversidad— el deseo de jugar y crear; también porque las terapeutas se constituyeron rápidamente en esas adultas que estaban ahí para ellos en un momento en el que sus padres trataban de reorganizar sus vidas. Con los grupos de niños, las horas de juego y las actividades gráfico-plásticas pudieron llevarse a cabo hasta el día de nuestra última visita. En cuanto a los adolescentes, el grupo se disgregó, pero tres de sus miembros siguieron siendo atendidos en individualmente hasta el cierre de la intervención.

En esta segunda etapa, tuvimos que ver de nuevo el tema del financiamiento de la actividad. El único costo fijo era el de la movilidad, de modo que organizamos otro evento pro-fondos, que nos permitió pagar los viajes hasta diciembre del 2018.

Hacia el final de nuestras visitas, y con el deseo de dejarle a la población algún recuerdo concreto de nuestro encuentro con ellos, planteamos una actividad de creación colectiva que entusiasmó a personas de diferentes edades. Con el apoyo de Juan Pablo Wiese, tuvimos una mañana de *batik* en la que todos creamos imágenes libres sobre una gran tela. Esta tela decora ahora una de las paredes del Centro Comunitario.

Para la despedida, compartimos con niños, adolescentes y adultos una mañana de cine. Pensamos que la proyección de una película completa tomaría demasiado tiempo, así que elegimos 5 cortometrajes de Pixar que, además de entretener a grandes y chicos, propiciarán reflexiones conjuntas sobre algunos temas interesantes (la importancia de la empatía, el reconocimiento de las diferencias interpersonales, el desarrollo de la autoestima, entre otros). Vimos con ellos: *“Por los pájaros”*, *“La oveja rapada”*, *“La luna”*, *“Presto”* y *“El juego de Geri”*, y luego comentamos cada uno de los cortos. La audiencia, conformada por adultos, adolescentes y niños, participó de la discusión y disfrutó de la experiencia. Sin embargo, todos sentimos que flotaba en el ambiente un sentimiento de tristeza por la despedida.



Aunque no fue una decisión del todo consciente, quizás planteamos la actividad a manera de experimento, considerando que una de nuestras ideas como equipo es seguir haciendo visitas eventuales, en cuyo transcurso, entre otras cosas, proyectemos películas que den lugar a conversaciones sobre diferentes temas.

Al final de la mañana conversamos con ellos sobre lo enriquecedor que había sido para nosotros acompañarlos durante todo ese periodo de tiempo, y les ofrecimos mantenernos en contacto para organizar algunas actividades más específicas a lo largo del 2019 (cine-fórum, escuelas para padres, talleres de sexualidad para púberes y adolescentes, etc.)

Reflexiones finales

1. **En cuanto al equipo de trabajo**, es fundamental que se genere espacios para pensar en conjunto y que las intervenciones sean transcritas y supervisadas regularmente por colegas que —desde afuera— puedan acompañar la experiencia de manera empática, pero también crítica. En nuestra experiencia, el apoyo de Teresa Ciudad y María del Carmen Bello en este sentido fue muy importante.

2. **En cuanto a la estrategia de abordaje de la intervención**, me parece importante tener en cuenta que sólo en el encuentro directo con la población se puede ir definiendo mejor lo que ellos necesitan y lo que se puede ofrecer. Solo en ese momento se podrá hacer un diagnóstico situacional más claro. De otro lado, si se trata de una intervención en crisis, dependiendo de cuán extensa sea la misma, lo que parecía urgente al comienzo puede ir dando lugar a temas ligados a conflictos y dificultades pre-existentes. La vivencia traumática se instalará, en todos los casos, sobre una base más o menos sólida e impactará una personalidad más o menos saludable. De ser posible, habrá que estar atentos a lo que ocurra a nivel más personal, conforme vaya pasando el tiempo.
3. **En cuanto al encuadre**, es necesario seguir evaluando cuál es el número mínimo recomendable de visitas que debería proponerse cuando se asiste a una población que ha vivido un evento traumático como el de los huaicos que asolaron Barba Blanca. De igual modo, asumiendo que después de un desastre la primera etapa estará probablemente signada por el desorden y la desconfianza, será de vital importancia plantear (y re-plantear) el encuadre con mucha claridad. Hay que considerar, además, que para muchas de las personas atendidas el cumplimiento de las pautas implícitas en un encuadre constituye toda una experiencia de aprendizaje. Es por ello que debemos ser particularmente cuidadosos en temas como la constancia y la continuidad de las visitas del equipo. También será muy importante adaptarse creativamente a las condiciones del espacio en el que se desarrollarán los encuentros. El concepto de encuadre interno es clave en la comprensión de la manera en que debe trabajarse en espacios como éste; debe considerarse la guía, la fuente de luz más importante en un escenario, que por momentos puede ser muy oscuro.
4. **En cuanto a la metodología de trabajo** y en el caso de los niños y adolescentes en particular, es importante encontrar el mejor equilibrio posible entre actividades estructuradas (o semi-estructuradas), que hagan las veces de ancla del intercambio y que convoquen su interés, y momentos para la reflexión y el intercambio verbal. También es importante evaluar bien la pertinencia (o no) de un trabajo de psicoterapia individual, tomando en consideración la capacidad de los terapeutas de contener una movilización más profunda, en función de las características de cada individuo y los parámetros del encuadre.

5. **En cuanto a la continuidad del trabajo**, consideramos de vital importancia establecer relaciones con entidades que tengan presencia más permanente en la zona: autoridades distritales, maestros, miembros de la iglesia, líderes naturales de la comunidad, etc. En esta misma línea, la capacitación de voluntarios nos parece una tarea pendiente. Este es un aspecto al que quizás no le dimos la importancia debida, lo que determinó que despedirnos de la población resultara mucho más difícil.

Al compartir la experiencia de trabajo en Barba Blanca esperamos generar muchas preguntas, aportar algunas ideas metodológicas y lograr un testimonio que inspire a otros psicólogos y psicoanalistas a seguir pensando y actuando en el campo de la salud mental comunitaria. A la luz de las catástrofes naturales ocurridas en los últimos años en todo el mundo, y dadas las claras evidencias de que el cambio climático podría provocarlas cada vez con mayor frecuencia, va a ser muy importante seguir trabajando en la generación de estrategias de acompañamiento psicológico de las poblaciones afectadas. Consideramos que sería muy útil, crear una guía de propuestas metodológicas que nos permita enfrentar intervenciones como ésta de una manera cada vez más coherente y articulada.

Para terminar, comparto con ustedes un fragmento de una de las últimas sesiones individuales de un adulto, atendido por una terapeuta del equipo a lo largo de las dos etapas de nuestra intervención en Barba Blanca:

V: El otro día soñé con una ola muy grande que venía hacia mí, primero tapaba todas las chacras, pero yo salía corriendo con todas mis fuerzas y me subía al cerro más alto y no sentía miedo, sentía tranquilidad. ¿Qué raro, no?

T: A mi me parece que todas las cosas que me has venido contando durante estas reuniones han hecho que el nivel de peligro y miedo que sentías, baje y se pueda entender más ...

Referencias bibliográficas

- Alizade, M. (2002). El rigor y el encuadre interno. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96:13-16.
- Ruiz, R. (2016). Más allá del consultorio. Aportes del psicoanálisis a la prevención comunitaria. Tesis para obtener el grado de magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis.

Resumen

El artículo se refiere a la experiencia de acompañamiento emocional ofrecido a los pobladores de Barba Blanca. Esta experiencia fue llevada a cabo por un equipo del colectivo "Psicólogos Contigo", luego de los devastadores huaicos ocurridos en marzo del 2017, como resultado del Fenómeno de El Niño Costero. Se hace referencia al uso de herramientas psicoanalíticas en la intervención comunitaria, poniendo énfasis en la importancia de promover espacios de elaboración psíquica en poblaciones afectadas por catástrofes naturales.

Palabras clave: encuadre interno, procesos psicoterapéuticos fuera del consultorio, elaboración del trauma, impacto emocional del desastre natural

Abstract

The article refers to the experience of emotional accompaniment offered to the residents of Barba Blanca. It was carried out by a team of "Psicólogos Contigo", after the devastating landslides occurred in March of 2017, as a result of the "Fenómeno de El Niño Costero". The text refers to the use of psychoanalytic tools in community interventions and emphasizes the importance of promoting spaces of psychic elaboration in populations affected by natural disasters.

Keywords: internal setting, psychotherapeutic processes outside the consulting room, working through of trauma, emotional impact of the natural disasters